La Amazonía frente a El Niño: entre la sequía, el fuego y la indiferencia política



La Amazonía peruana enfrenta una amenaza que no podemos seguir tratando como una emergencia pasajera. La combinación de sequías prolongadas, temperaturas extremas, deforestación e incendios forestales está poniendo a prueba la capacidad de resistencia de uno de los ecosistemas más importantes del planeta. El fenómeno de El Niño agrava este escenario, pero sus efectos no pueden entenderse al margen de las decisiones humanas que, durante décadas, han debilitado el bosque.



Escribe: Luis Exequiel Campos Baca, doctor en Ciencias Ambientales, profesor principal de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana e investigador Renacyt.

En la costa peruana, El Niño suele asociarse con lluvias intensas e inundaciones; en los Andes, con alteraciones de las temperaturas y del régimen de precipitaciones. En la Amazonía, en cambio, sus consecuencias pueden ser devastadoras por otra vía: la falta de lluvia, el calor extremo y la caída de los niveles de los ríos. No se trata solamente de un problema ambiental. Está en juego el abastecimiento de agua, la alimentación de miles de familias, la economía regional y la supervivencia de comunidades cuya vida depende directamente del bosque y de sus ríos.

Cuando los ríos retroceden, también se detiene la vida

En la Amazonía, los ríos son carreteras, mercados, fuentes de alimento y vínculos entre comunidades. Cuando el Amazonas, el Ucayali, el Marañón o el Napo reducen drásticamente sus caudales, las consecuencias llegan de inmediato a la vida cotidiana. Las embarcaciones tienen dificultades para navegar, los viajes se prolongan, el transporte de productos se encarece y algunas localidades quedan prácticamente aisladas.

El problema no termina ahí. La reducción de las fuentes de agua también compromete el abastecimiento para consumo humano. En Iquitos, por ejemplo, la cuenca del Nanay tiene una importancia fundamental para el suministro de agua. Una sequía severa obliga a extremar las medidas de prevención y vigilancia sobre la calidad y disponibilidad de este recurso.

Los ecosistemas acuáticos también sufren. Cuando disminuye el volumen de agua y aumenta su temperatura, puede reducirse el oxígeno disuelto, lo que pone en riesgo a los peces y otros organismos. La pesca, una actividad esencial para la alimentación y los ingresos de numerosas familias, queda expuesta a pérdidas que golpean con mayor fuerza a las comunidades ribereñas e indígenas.

En las chacras, la falta de lluvia amenaza los cultivos de subsistencia. Así, la crisis climática deja de ser una cifra en los informes científicos y se convierte en una preocupación concreta: qué comer, cómo conseguir agua y cuánto costará llegar al siguiente pueblo.

La deforestación agrava la crisis

Sería un error atribuir toda esta situación exclusivamente al fenómeno de El Niño. **La deforestación, la degradación de los bosques y el cambio climático se combinan y multiplican los riesgos.** Un bosque conservado tiene una capacidad natural para regular la temperatura, retener humedad y contribuir al ciclo del agua. Cuando desaparece esa cobertura vegetal, el territorio pierde parte de sus defensas frente a los extremos climáticos.

Los árboles absorben agua del suelo y la liberan a la atmósfera mediante la evapotranspiración. Este proceso contribuye a la formación de humedad y alimenta los llamados **ríos voladores**, flujos de vapor de agua que transportan humedad a través de los continentes. La vegetación amazónica participa así en un sistema climático que trasciende sus propias fronteras.

Cuando se tala o quema el bosque, disminuye esa capacidad de reciclar humedad. Si la reducción de las lluvias coincide con temperaturas elevadas, el suelo se seca más rápido, la vegetación pierde vigor y el calor se intensifica. Las áreas deforestadas y los bordes del bosque quedan más expuestos a la radiación solar, mientras que la vegetación seca se convierte en combustible para el fuego.

Se configura entonces un círculo peligroso: menos bosque significa menor capacidad de regulación hídrica y térmica; más calor y sequía elevan el riesgo de incendios; y los incendios destruyen todavía más vegetación y liberan carbono a la atmósfera. La degradación del bosque puede debilitar progresivamente su capacidad de recuperarse.

También se altera el comportamiento del agua. Los suelos degradados y desprovistos de cobertura vegetal pueden perder capacidad de infiltración y retención, favoreciendo la erosión y la escorrentía durante las lluvias intensas. En los periodos secos, la pérdida de humedad y de regulación natural agrava las condiciones que afectan a los ríos, la agricultura y las poblaciones.

El peligro de acercarnos a un punto de no retorno

La posibilidad de que amplias zonas de la Amazonía pierdan sus características de bosque tropical húmedo y transiten hacia ecosistemas más secos es una preocupación científica que merece atención urgente. No significa que toda la selva vaya a convertirse de manera inmediata e inevitable en una sabana. Se trata de un riesgo asociado a la interacción entre el calentamiento global, las sequías, la deforestación y los incendios, cuyos efectos varían según la región.

Sin embargo, sería irresponsable ignorar las señales de deterioro. **La Amazonía no es una reserva inagotable capaz de soportar indefinidamente la presión de la tala, las quemas y la expansión desordenada de las actividades humanas.** Su capacidad de recuperación tiene límites.

Si se pierde una proporción crítica de la cobertura forestal y se alteran los ciclos de humedad, algunas zonas podrían experimentar transformaciones difíciles de revertir. Las consecuencias no se limitarían a la biodiversidad amazónica: también comprometerían el almacenamiento de carbono, la regulación del clima y los patrones de lluvia de otras regiones del continente.

Por eso, proteger la Amazonía no puede seguir siendo una declaración de buenas intenciones. Es una necesidad ambiental, económica y estratégica para el Perú.

La prevención no puede comenzar cuando el fuego ya está fuera de control

Frente a una temporada de sequía intensa, hay medidas inmediatas que no admiten demora. La primera es reducir al mínimo el riesgo de incendios. Las quemas agrícolas tradicionales, practicadas en condiciones de calor extremo y vegetación seca, pueden escapar rápidamente de control y convertirse en incendios de grandes proporciones.

Pero pedirles a los agricultores que abandonen estas prácticas sin ofrecer alternativas sería desconocer la realidad de muchas familias rurales. El Estado debe acompañar la prevención con asistencia técnica, capacitación, incentivos económicos y opciones sostenibles para preparar los terrenos y manejar los residuos agrícolas. La conservación no puede sostenerse únicamente sobre las restricciones impuestas a quienes dependen del campo para sobrevivir.

También es necesario fortalecer las brigadas locales, dotar de equipos a las comunidades, mejorar los sistemas de alerta y establecer mecanismos rápidos

de respuesta ante las primeras señales de fuego. **Una columna de humo detectada a tiempo puede marcar la diferencia entre una emergencia controlable y la pérdida de miles de hectáreas.**

La población tiene, asimismo, un papel importante. Durante los periodos críticos deben evitarse las quemas, las fogatas y cualquier práctica que pueda originar incendios. Es fundamental mantener despejada de vegetación seca el área inmediata de las viviendas, reportar oportunamente los focos de fuego y organizar redes comunitarias de vigilancia. Ninguna de estas acciones sustituye la responsabilidad del Estado, pero todas pueden contribuir a reducir los riesgos.

La sequía exige, además, planes concretos para asegurar el acceso al agua. Es necesario proteger las fuentes que continúan abasteciendo a las poblaciones, evitar su contaminación, promover un uso responsable y disponer de sistemas de almacenamiento seguros. El agua de lluvia puede ser una alternativa complementaria cuando las condiciones lo permiten, siempre que se almacene adecuadamente y se garantice su tratamiento antes del consumo.

La respuesta también debe contemplar la salud pública. El calor extremo y el humo de los incendios afectan especialmente a los niños, los adultos mayores y las personas con enfermedades respiratorias o cardiovasculares. Los servicios de salud necesitan identificar a la población más vulnerable, difundir medidas de protección, garantizar el acceso a agua segura y prepararse para atender emergencias relacionadas con el calor y la contaminación del aire.

La Amazonía necesita decisiones, no promesas

El Niño puede ser un fenómeno natural, pero la magnitud de sus consecuencias depende, en buena medida, de las condiciones en que encuentra al territorio. Una Amazonía deforestada, fragmentada y sometida a una presión creciente está mucho más expuesta que un bosque conservado y conectado.

Por eso, la sequía y el calor extremo deben entenderse como una advertencia. Cada incendio que destruye vegetación, cada fuente de agua contaminada y cada hectárea de bosque perdida reducen la capacidad de la región para afrontar la siguiente crisis.

No podemos controlar la aparición de El Niño, pero sí podemos decidir cuánto daño estamos dispuestos a tolerar. Esa es una responsabilidad que corresponde al Estado, al sector privado y a la sociedad, con obligaciones diferenciadas y acciones verificables.

La Amazonía no necesita discursos que la presenten como una riqueza inagotable mientras se debilitan las condiciones que hacen posible su existencia. Necesita presupuesto para prevenir incendios, políticas firmes contra la deforestación, protección de sus fuentes de agua y apoyo real a las poblaciones que enfrentan la emergencia.

Esperar a que los ríos alcancen niveles críticos, que las comunidades queden aisladas o que el humo cubra las ciudades para recién actuar es una forma de llegar tarde. La respuesta debe comenzar antes, con planificación, ciencia y voluntad política.

Lo que está en juego no es únicamente la supervivencia de los bosques. También lo están el agua que bebemos, los alimentos que producimos, la salud de la población y las condiciones de vida de las próximas generaciones. Defender la Amazonía es defender el futuro del Perú ✍

Adaptarse ahora, mitigar para no repetir la crisis

La mitigación y la adaptación son tareas distintas, pero inseparables. Mitigar significa actuar sobre las causas del deterioro: detener la deforestación, conservar los bosques en pie, recuperar áreas degradadas y reducir las emisiones que contribuyen al calentamiento global. Adaptarse implica preparar a las poblaciones y sus instituciones para enfrentar los impactos que ya se manifiestan y aquellos que no pueden evitarse por completo.

En la Amazonía peruana, ambas tareas requieren continuidad. No basta con desplegar recursos durante una emergencia y retirarlos cuando bajan las temperaturas o regresan las lluvias. Se necesita planificación territorial, vigilancia ambiental, restauración de ecosistemas, investigación científica y presupuesto para la prevención.

Los gobiernos regionales y locales deben contar con planes de contingencia actualizados, mientras que el Gobierno nacional debe garantizar la coordinación entre los sectores responsables del ambiente, la agricultura, la salud, el agua y la gestión del riesgo de desastres. Las universidades y los centros de investigación pueden aportar información para anticipar los escenarios críticos, pero sus conocimientos deben traducirse en decisiones públicas oportunas.

Las comunidades amazónicas, por su parte, no pueden ser consideradas simples receptoras de ayuda. Sus conocimientos sobre el territorio, los ciclos del agua, los bosques y las especies constituyen un recurso indispensable para diseñar respuestas adecuadas. Incluirlas en la toma de decisiones es una condición para que las medidas de prevención funcionen en la práctica.

El Estado también debe reconocer que conservar el bosque exige enfrentar las actividades que lo degradan, fortalecer la fiscalización y ofrecer alternativas económicas compatibles con su protección. No habrá política climática eficaz mientras la prevención de incendios avance por un lado y la pérdida de cobertura forestal continúe por otro ✍